

Domingo 3 de Julio de 1921.

AL MARGEN DE UN MATCH DE BOX

El match Dempsey-Carpentier me ha dejado frío.

Sería, sin embargo, una injusticia, echar toda la culpa a los campeones. Hay factores extraños. Aprovechándose del tumulto, provocado por la expectación, y el deseo de saber el resultado del "finish", un pillo penetró en mi oficina y me robó el sobretodo.

Sería igualmente injusto, no obstante, suponer que la frialdad con que he seguido el desarrollo de la lucha, proviene exclusivamente de la falta de abrigo. De ninguna manera.

Era que daba por descontado el triunfo del Dempsey - no por razones técnicas -, sino pura y simplemente, porque lo consideraba el menos intelectual, el menos refinado, en una palabra - gracias a Dios que Dempsey está lejos y puedo pronunciarla"- el más bruto.

El triunfo de la materia sobre la mentalidad - pese a los espiritualistas - es un hecho que se viene observando desde mucho antes de la invasión de los bárbaros, cada vez que se produce el choque entre los individuos. Y es por lo demás, muy natural, porque en la lucha son los cuerpos y no las almas las que entran en contacto. Además, no hay en las esferas ideológicas ningún argumento capaz de dejar "knock-out" al adversario. A lo sumo se le puede ganar por puntos.

En cambio, en el terreno físico, las cosas se estilan de otro modo. El músculo, la fuerza, se imponen sin contrapeso.

Por eso resulta curioso que haya gente normal y sensata que estime que vale más el cerebro que el biceps; que se sienta ofendida porque la encuentran tonta, y no porque la hallan débil; en otras palabras, que tenga en más esos tejidos blandos y mantecosos que componen la materia gris, que los recios y elásticos, que componen los músculos.

La naturaleza se sobrepone, sin embargo, a tales aberraciones, y el público, a pesar de todos los prejuicios, sigue prestando mayor interés al cuerpo que al espíritu.

El "match" de ayer, es una comprobación. Si en vez de anunciar-se un espectáculo de box, se hubiera anunciado un acto literario, un torneo poético, entre los dos mejores vates de la humanidad, no se habrían reunido por cierto noventa mil espectadores.

Los mismos editores, a pesar de su mayor ilustración, proceden en forma parecida.

-Vea usted - me decía, cierta vez un amigo literato. En nuestro país la remuneración del trabajo está en razón inversa al esfuerzo intelectual. Observe a ese modesto empleado judicial que está copiando a máquina un escrito; gana dos pesos por página. Suponga, ahora, que ese hombre, deseoso de prosperar, se instruye, aprende un idioma y logra traducir un artículo que ocupa justamente una página. Lo saca en limpio a máquina, como si se tratara de una copia cualquiera y lo lleva a una imprenta. Su trabajo ha disminuído de valor. Ya no le pagan los dos pesos de la copia, sino seis pesos por columna, o sea algo así como un peso cincuenta. Es justo, porque en esa traducción hay un mayor esfuerzo intelectual. Imagine, por último, que el hombre no comprende y sigue en su tarea de ilustrarse hasta que llega a producir, no ya una copia, no ya una traducción, sino un artículo, una obra original. Entonces no se le paga; al contrario, él tiene que pagar por publicarla.

¿Puede darse una prueba más clara y concluyente, en contra del esfuerzo intelectual?

Pero si ella no convenciera aún al lector, asómese alguna vez a una asamblea, asista a la galería de la Cámara, y vea por sus propios ojos, cuales discursos producen más efecto. La oratoria vale también, no tanto por las ideas como por la parte física que las acompaña; la voz, el tono, la acción del orador.

Cuanto más se aproxima a un ejercicio físico, más temible es la elocuencia y más irresistible el orador.

La popularidad -, como lo demuestra la experiencia - se mantiene con lo que está al alcance del público, el gesto, el brazo, las cuerdas bucales.

Por eso un caudillo puede volverse loco, decir sólo disparates, y mantener su prestigio; pero ¡ay! del día en que se ponga ronco, tartamudo o paralítico.

Por eso, también cuando leo las versiones de las Cámaras, no les temo a los hombres inteligentes, instruidos, preparados, es decir, capaces de producir ideas; pero tiemblo ante la oratoria exclusivamente física de algunos de los nuevos diputados demócratas .

!Qué le vamos a hacer!

Mientras estemos en el mundo, la materia se impondrá sobre el espíritu en razón directa de su masa, y vencerá forzosamente, como a juicio de los técnicos, Dempsey, debía vencer a Carpentier.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile